

CUERPO DEL NIÑO, REPRESENTACION DEL ANGEL¹

Por: Araceli Colin

Resumen

Con la conquista española se operó en México una transformación mítica y ritual sobre la muerte de los niños. Surgió el *funeral de angelitos* que aún se sigue realizando en comunidades de tradición indígena.

Un análisis semiótico del rito comprende al cuerpo infantil, objeto de la mutación ontológica del niño en ángel. El vestido angélico será la envoltura que hará posible dicha transformación; envoltura del cuerpo y al mismo tiempo envoltura del espíritu del ángel.

El cuerpo del niño es soporte de un complejo imaginario-religioso construido por dos tradiciones: la prehispánica con sus mariposas sus aves y sus caballeros águila y la tradición cristiana con sus espíritus alados guerreros celestes contra el demonio.

El propósito de este trabajo es interrogarnos cómo el estatuto del cuerpo del niño y la vigencia histórica del rito influirán sobre el proceso subjetivo del duelo de los padres.

El propósito de este trabajo es interrogarnos por un cierto tratamiento ritual de la imagen en fotografía o en pintura del cuerpo del infante muerto, que ha producido un efecto decisivo sobre el proceso subjetivo del duelo de los padres.

Con la conquista española se operó en México una transformación mítica y ritual sobre la muerte de los niños. Surgió el funeral de angelitos que aún se sigue realizando en comunidades de tradición indígena.

El cuerpo del niño en estos ritos ha sido objeto de un atuendo, un vestuario, una envoltura que es soporte de un complejo imaginario.- religioso de carácter sincrético, construido por dos tradiciones: la prehispánica y la tradición cristiana.

¹ Esta ponencia, en su versión francesa, se presentó en el XXV Colloque du groupement des anthropologistes de langue française, *L'homme et ses images, Mesures, representations, constructions*, Universidad de la Méditerranée, Marsella, Francia, Julio 2001, en el marco de la realización del doctorado en Antropología en la UNAM. La versión francesa se intituló "Corps de l'enfant, representation de l'ange" y se adjunta al final.

Antes de la conquista los niños eran altamente apreciados, considerados la más bella joya, una pluma rica, una piedra preciosa². Por su alta valoración ciertos niños eran sacrificados al dios Tláloc³, para lo cual les ponían alas de papel.⁴

La muerte del niño traería lluvia y por lo tanto mejores condiciones para la vida. Para los mexicas los infantes, antes de nacer, habían estado flotando como si fueran aves y libando del árbol-nodriz Chichihualcuauhco, del que pendían senos. Los niños de pecho, al morir, iban al Tlalocan, lugar de abundancia de agua y de víveres, donde permanecían antes de renacer.⁵

La profunda transformación de los ritos operada durante la colonia española afectó también los ritos de los funerales infantiles. El tratamiento de los restos infantiles ya no sería, como en ocasiones, por muerte sacrificial, sino sólo por muerte natural o accidental. Pero no dejaron de ser ofrenda. El atuendo con el que se los vestía, que otrora era a la deidad prehispánica⁶ cambió a la de un santo o virgen. La sacralización del niño es otra manera de prolongarle “la vida”, sólo que en el más allá. El mito cristiano establece una estrecha relación entre niño y ángel.⁷ Se decía que el reino de los cielos era de los niños.⁸ San Agustín fue uno de los teólogos que más reflexionó sobre la naturaleza de los ángeles. Estableció una relación entre niño y ángel. Afirma que fueron creados el momento en que se hizo la luz.⁹ El saber se simboliza, en el cristianismo, con la luz. Si alguna imagen virtual alcanzan es la de ser luminosidad.¹⁰ Son incorpóreos, son inteligencias espirituales o espíritus sapientes. Conocen las causas y las razones de las obras divinas.¹¹

² Bernardino de Sahagún, *Historia General de las cosas de la Nueva España*, LVI, Cap. XXXIII, 13, p. 388, LVI, Cap. XXXIV, 11 y 15, p.391 y L.VI, Cap. XXXV, 16. México, Porrúa, 1975. Véanse las piedras preciosas que se ofrecían como tributo en la matrícula de tributos del Códice Mendocino, Lam. XLIX, f.47 recto.

³ Johanna Broda, Las fiestas aztecas de los dioses de la lluvia, *Revista Española de Antropología Americana*, Madrid, Universidad Complutense, separata del V.6. 1971, p.268.

⁴ B. Sahagún, *op.cit.*, LII, Cap. XX, 14, p.99.

⁵ Alfredo López Austin, *Tamoanchan Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p.219.

⁶ Clavijero, *Historia antigua de México*, México, Porrúa, 1998, p.263.

⁷ San Agustín, *La ciudad de Dios*, México, Porrúa, 1998, p.263.

⁸ Biblia de Jerusalem, Marcos, 10, 13-16.

⁹ San Agustín, *op.cit.*, p. 254.

¹⁰ Nadia Tazi, “Los cuerpos celestes: Varias etapas en la vía hacia el Paraíso” en *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, Tomo II, Madrid, Taurus, 1991, p.532.

¹¹ San Agustín, *op.cit.*, p. 269.

El carecer de cuerpo hace insituable la circunstancia de sus atributos, lo que no les impide concentrar una cierta identidad, que en algunos arcángeles alcanza nombre propio y funciones muy específicas, como el caso de Miguel y de Gabriel. También tienen sentidos, pueden materializarse como voz para los humanos o como canto para alabar a Dios. Pueden mirar: de hecho ése es el quehacer celestial de los ángeles guardianes de los niños: mirar a Dios.¹²

Sin embargo, opuesta a la teología más docta, la tradición popular, a lo largo de la historia del cristianismo, dio a los ángeles representación. En el siglo IV se les representó con forma humana y en el V se les agregaron las alas.¹³ La palabra ángel proviene del griego *aggelos* que significa mensajero.¹⁴ Son una voz que, cuando se manifiesta, materializa el designio divino.

El fenotipo angélico que más ha sido pintado es el europeo, la mayoría de ellos con cabello largo. Pero en el México colonial adquirieron rasgos indígenas, muchos de ellos regordetes e incluso aparecen sexuados tanto en esculturas como en pinturas.

El arte colonial es un buen acervo que documenta la tradición de pintar a los niños muertos.¹⁵ Gutierre Aceves,¹⁶ coordinó la edición de un libro de pintura de niños muertos, que es el único que conozco sobre el tema, con niños mexicanos. De la colección que presenta, se cuentan 31 pinturas y 23 fotografías. De las 31 pinturas tres corresponden al siglo XVIII, todavía del México colonial y trece del siglo XIX, las otras son del siglo XX. Comparando las pinturas del siglo XVIII con las del XIX, se aprecia claramente el proceso de laicización del atuendo, que quizás corresponda a la laicización del rito o al

¹² *Ibidem*, p.263.

¹³ Daniela Riquelme, *La imagen del ángel en el siglo XVI Novohispano*, Université Paris 8 Vincennes Saint-Dennis, Paris, 1997, pp.22 y 23.

¹⁴ W.R.F. Bowring, *Diccionario de la Biblia*, traducción del inglés, José Pedro Tosaus, Barcelona, Paidós, 1998.

¹⁵ La tradición de la pintura se transformó después en fotografía.

¹⁶ Véanse las fotografías publicadas en Revista Artes de México No. 15, *El arte ritual de la muerte niña*, México, Conaculta, 1992, Véase también el estudio y la fotografía de niños muertos en Perú de Keith McElroy, "Death Photography in Nineteenth century Peru", y de Haydee Venegas "El velorio de

menos de la creencia; es probable que coincida con la Reforma Juarista, digo probable porque algunas pinturas sólo tienen fechado el siglo pero no el año. De las trece pinturas del siglo XIX sólo una muestra a un niño vestido de cura y las otras doce muestran niños vestidos de civil, tres de ellos pintados cuando estaban vivos, y sólo por el texto del pie del cuadro se sabe que murieron. Las posturas de los otros parecen de niños dormidos. De esas doce pinturas sólo en una aparece con corona, lo que pictóricamente indica que el niño ha muerto.

Los padres de los niños que podían pagar una pintura seguramente no eran de extracción popular. Se aprecian las diferencias de clase en los vestidos con que lo visten llenos de encajes, telas finas y pedrería, y los objetos con que los rodean, almohadas llenas de encajes, cama, brocados.

Me sorprende advertir cómo, se transformó la manera de pintarlos, hacia la segunda década del siglo XVII ya no como ángeles sino con vestidos de calle, una hipótesis posible es que la Reforma Juarista que separó la iglesia del clero y transformó las formas de sepultamiento de un asunto religioso a un asunto civil, hubiera hecho laico también al rito mismo, o al menos a una parte de la costumbre de pintar a los niños. La pintura de los niños muertos se vuelve laica. Son laicos vivos. Es como si ante el derrumbe del rito que los cancela como ángeles, surgiera la necesidad social de perpetuarlos como vivos. Desde luego esta es una hipótesis. Digo derrumbe del rito, más bien debiera decir cuestionamiento de la creencia, pues la pintura no es razón suficiente para suponer cómo fue llevado el rito. Pero lo que sí es un contraste es que, en cambio, todas las fotografías pertenecen al sector campesino o popular y, aunque son muy posteriores, en todos los casos aparecen los niños vestidos de angelitos y coronados de flores. Las posturas corresponden a las de niños muertos, derechos y con las manos entrecruzadas.

Las tres pinturas que corresponden propiamente al periodo colonial presentan diferencias notables. En una de ellas, el niño está vestido de arcángel ricamente engalanado de terciopelo, con perlas en el traje y los zapatos. Las

Angelitas, Francisco Oller 1895” ambos en *Arte Funerario*, Coloquio Internacional de Historia del Arte, Vol. II, coord, Beatriz de la Fuente, México, UNAM, 1987.

alas son de raso azul, con bordes de perlas, con piedras preciosas o semipreciosas y dos plumas en la cabeza.¹⁷ En otra, de 1802, aparece un niño vestido con ornamentos sacerdotales. Y en la tercera, de 1746, una niña de 7 años según el texto del pie del cuadro, aparece viva, ricamente vestida de civil, como si fuera unos cinco años mayor.

Que los niños sean pintados como si fueran mayores que la edad a la que realmente llegaron antes de fallecer es un dato elocuente. Refleja en mi opinión un deseo de prolongarle la vida, aunque sea en la pintura, una manera de realizar en la fantasía algo que la guadaña trunció antes de tiempo.¹⁸ Prolongarle la vida requiere un apoyo imaginario. No basta prolongársela con el pensamiento, con fantasear como sería. Es preciso un retrato.

Un duelo implica desprenderse del difunto más lo que él representaba para el deudo (Allouch, 2005). El duelo de un hijo muy pequeño es más complejo que cualquier otro duelo, porque aún estaba por construirse un lazo con él. No hay experiencia de vida, no hay recuerdo de un vínculo, eso no tuvo ocasión de realizarse. No hay trazas de memoria que recorrer. (Allouch, 2005) (Muriel Flies-Treves, 2000).

Un padre que pierde a un hijo muy pequeño, no sabe aún qué lugar ocupaba en su vida, puesto que para saberlo requeriría poner en escena sus expectativas inconcientes. Puede saber lo que racionalmente se proponía hacer. Pero hay un divorcio entre lo que racionalmente alguien se propone y lo que puede hacer. La paternidad implica la puesta en escena de fantasías inconcientes, construídas en el marco de la historia familiar (Colín, 2005).

¹⁷ Véase Revista Artes de México, No. 15, *op.cit.*, Aunque la pintura es de 1804, fin de la colonia, el atuendo corresponde más bien al siglo XVII. Esta exquisitez y riqueza del vestido del angelito está estrechamente ligada con la concepción barroca de la muerte en México y la ostentación y dispendio de los funerales de las clases altas. Véase de Verónica Zárate T. *Los nobles ante la muerte en México*, Colegio de México-Instituto Mora, México, 2000.

¹⁸ Otra manera de negar la muerte es darles postura de niño vivo. En México no me he encontrado con fotografías en las que el niño estando muerto se le retrate sentado como si estuviera vivo. Una foto con esas características corresponde al Perú. Es un niño muerto sentado con los ojos abiertos en las piernas de su padre. Véase el trabajo de Keith McElroy referido arriba.

Malinalco es una comunidad cercana a la ciudad de México, que fue evangelizada por agustinos, por lo que el símbolo angélico ha sido fuertemente transmitido, particularmente San Miguel, que lucha contra el mal, entendido éste por los misioneros como la religión o religiones autóctonas que, como dice Duverger,¹⁹ fueron identificadas con el demonio.

Hace un siglo, en dicha comunidad se fotografiaba al infante muerto vestido de ángel con todos sus familiares, con padrinos, amigos o vecinos. La fotografía formaba parte del rito de duelo. Es decir que en el ámbito de la imagen no se puede representar al infante muerto. Esta pintura o fotografía era un elemento fundamental del rito, que da cuenta de la necesidad de los padres de detener el tiempo en una imagen vital. Tal elemento ritual hacía más soportable su pérdida.

El rito funerario actual se reduce a vestirlo como ángel o bien con algún atuendo de santo o Virgen, al que el niño es ofrecido, antes de que lleguen los asistentes al funeral. La elección del atuendo se decide entre padres y padrinos; es una nueva manera de nominarlo, no con palabras sino con una imagen que representa un patrono, un nombre, una devoción, una filiación por la fe. Es muy importante que los invitados al funeral no lleguen antes de que el niño esté vestido. La mirada de los asistentes sustituye la mirada de la cámara fotográfica, es una mirada testigo de carácter social-público, que multiplica y sanciona simbólicamente la transformación del niño en ente sagrado.

El tiempo en que el niño está en su carácter de cadáver, de ser humano muerto, es muy breve; se reduce al tiempo de bañarlo, dar aviso a las autoridades y avisar a la madrina para que ordene la confección del atuendo. Es una cuestión de horas. Una vez vestido el niño ya es un ente sagrado. La imagen del cuerpo se ha transformado y, por tanto, la transformación ontológica del niño en ángel ha ocurrido también. Perdió una forma de vida pero adquirió otra.

Aunque se los vista de santos o vírgenes, la comunidad les sigue llamando *angelitos*. El vestido *angélico* será la envoltura que hará posible dicha transformación; envoltura del cuerpo del infante y al mismo tiempo envoltura del espíritu del ángel. Por esa identificación se le pide que interceda por sus parientes en la tierra.

Esta última imagen del niño que buscará perpetuarse en la memoria tiene un valor análogo a aquella de la imagen en el espejo constitutiva de la subjetividad, que estudiaran Henry Wallon²⁰ y luego Jacques Lacan²¹. Se trata de una imagen que se anticipa a integrar lo que está pronto a desintegrarse. El niño pequeño durante su desarrollo, entre los 6 y los 18 meses, percibe su imagen en el espejo integrada, una imagen distinta en contraste con las sensaciones internas de su motricidad. El niño se identifica con esa imagen integrada; esa es la imagen de su yo, una imagen exteroceptiva, dice Lacan; la imagen del yo es exteroceptiva o no es. El movimiento no va del interior al exterior, es a la inversa, la imagen exteroceptiva es formadora del yo. De la misma manera, la imagen del niño muerto no puede subjetivarse que como imagen de un cuerpo con vida. La imagen del ángel es una imagen que se apresura a integrar aquello que pronto entrará en desintegración. Así queda disociada la materia en su devenir de la imagen que se eterniza por haberse sacralizado.

El rito proporciona a los padres, a través de esta mutación ontológica sostenida por una imagen, una posibilidad de prolongar la comunicación con ese hijo que no realizará nunca más sus expectativas más que desde otro escenario, el celeste. Si un duelo implica desprenderse del difunto más lo que él representaba para el deudo,²² es preciso entonces, en muertes prematuras, construir un lazo con él en otra vida, para luego poder saber qué se perdió con él. El tratamiento temporal que se aprecia en las fotografías y pinturas profanas dan cuenta del deseo parental de prolongarles la vida aunque sea en la

¹⁹ Serge Gruzinski, *La guerra de las imágenes*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp.32.57.

²⁰ H. Wallon, *Les origines du caractère chez l'enfant*, Paris, ed Boivin, 1943.

²¹ Jacques Lacan, "El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos presenta en al experiencia psicoanalítica" en *Escritos*, México, Siglo XXI, 1984.

fantasía: pintarlos a una edad mayor que la edad en que murieron, o fotografiarlos como si estuvieran vivos. En ese duelo la imagen es un soporte fundamental de esa construcción subjetiva.

3) Para realizar un duelo es preciso corporeizar ese vacío, construir un lazo imaginario para luego poder perderlo. En ese sentido la transformación del niño en ángel proporciona a los padres una posibilidad de construir ese vínculo imaginario por una vía sagrada. El angelito puede ser objeto de pedidos parentales. Esa transformación ontológica del niño es posible por una imagen, su vestido. Un vestido que envuelve el vacío de huellas. Más vacío aún si es recién nacido.

4) En ese proceso la imagen sea como pintura o como fotografía desempeña un papel muy importante. Realiza en la pintura una expectativa que ya no tuvo ocasión de ponerse en escena.

5) No es posible subjetivar en una imagen a un hijo muerto. Suele representárselo o como ángel o como niño vivo. Estas imágenes son más soportables.

²² Jean Allouch, *Erótica del duelo en tiempo de la muerte seca*, México, Edelp, 1996 p. 39-43. (la versión original es francesa en la editorial EPEL).

